

LA BATALLA

Nunca entendió las matemáticas. Desde pequeña se había acostumbrado a aprendérselas para salir del paso, hasta los problemas se aprendía de memoria. Todo con tal de no enfrentarse a aquél laberinto de números y signos mezclados que, por más tiempo que pasase mirando, no llegaba a entender lo que querían decir.

Así superó sin grandes dificultades los seis cursos de primaria, así se enfrentó a la ESO, donde tuvo más problemas, porque el nivel de las matemáticas era mayor. Cada año se complicaban más y más y, frente a esa mayor complicación, mayor tenía que ser su capacidad de recordar fórmulas, ejemplos, problemas y todo el lenguaje que siempre acompañaba a aquél endiablado idioma con el que algunos eran capaces de comunicarse.

¿A quién podría interesar qué tren llegaría antes si salían de distintos puntos a diferente velocidad? ¿Qué más daba el número de ladrillos que tendría que poner un albañil para cubrir una superficie determinada? ¿Por qué había que conocer la raíz cuadrada de un número? ¿Para qué servía eso?

Huyendo de todo aquello, ella se refugiaba en las letras. Esas sí que las entendía, tan concretas, tan claras. Todas tenían su significado, pero según las mezclas de una u otra forma, podía jugar a cambiarlo. Bastaba sustituir una letra por otra para pasar de vasto a basto, o a ¡basta!, de hasta, a asta, de a ver, a haber; y así hasta el infinito. Ese era el terreno en el que se movía bien. Ahí se sentía segura y feliz, mucho más que con las matemáticas, y habría seguido así para siempre, de no haber sido por aquel sueño.

Fue una pesadilla horrible, en la que letras y números cobraban vida y se organizaban en dos grupos compactos y enfrentados. Retándose se miraban los unos a los otros intentando intimidarse mutuamente. El 7 rugía ante la P, y la R, siempre muy dura, se encaraba con el 3. Sonó un silbato y empezó la batalla.

Cuando terminó, no había nada. Ni una letra había sobrevivido, ni un número seguía reconocible. Solo quedaba una montaña de signos medio destruidos, mezclados con otros y entre sí. El paisaje era desolador, ¿qué iba a pasar ahora? ¿Con qué signos se iba a comunicar? Ya no estaban sus queridas letras, pero tampoco los antipáticos números con sus decimales, no quedaba nada.

Después de un buen rato, paralizada por el miedo, se dio cuenta de que entre los restos mezclados se asomaban tímidamente algunos trocitos de números que, junto a otros trocitos de letras tirados a su lado, componían una especie de frase. La curiosidad le hizo acercarse y fijarse en los detalles. Efectivamente, se había producido una especie de fusión entre números y letras, y el resultado era muy curioso. Le recordaba las rstras que tantas veces había escrito la profesora de matemáticas en la pizarra y que todos copiaban y explicaban, y ella recitaba de memoria. Pero ocurría algo insólito. Por primera vez en su vida, todo aquello tenía sentido. De pronto, en esa extraña fusión, las letras se habían convertido en números, la 'Y' se podía sumar a la 'Z' y todo ello multiplicarlo por la 'U', y a su vez elevarlo a la 'W', para al final, dar lugar a la 'X'.

Se despertó sudando y desconcertada. Tardó un rato en levantarse, pero luego se duchó y desayunó rápidamente. Quería llegar cuanto antes al colegio, tenía una intuición...

Quince años después, sonreía mientras recordaba y contaba a sus alumnos lo que había sentido aquella mañana, cuando miró la pizarra y leyó y entendió la primera fórmula matemática. Los adolescentes que la escuchaban, también sonreían. No le pegaba nada a la profesora de matemáticas contar esas historias fantásticas. Se había vuelto loca.

JULIA ANASAGASTI INZA – COLEGIO VALDELUZ -- 1º ESO

GANADORA DEL PRIMER PREMIO DEL CERTAMEN LITERARIO ANTONIO ROBLES
2012. CATEGORÍA RELATO. 1º ESO